

inquietarse por aquella aparente fuga y envió batidores en todas direcciones para que lo buscaran.

Al cabo de un año de haber desaparecido la esposa de Caraccioli y de Astor fueron hallados en el Tíber, poco más arriba del castillo de Sant'Angelo, dos cadáveres, el uno, era el de una hermosa joven, con las manos atadas a la espalda, y el otro, el de un lindo mancebo que conservaba aún en el cuello la cuerda del arco con que había sido estrangulado. La joven era la desposada de Caraccioli y el mancebo no era otro que Manfredi.

Los dos habían sido, durante un año, víctimas de las múltiples pasiones de César, que al fin los había hecho arrojar al Tíber.

La toma de Faenza había valido a César Borgia el título de duque de Romaña, concedido primero por el papa en pleno consistorio y ratificado más tarde por el rey de Hungría, la República de Venecia y los reyes de Castilla y de Portugal. La noticia de esta ratificación llegó a Roma la víspera del día en que el pueblo acostumbraba a celebrar el aniversario de la fundación de la Ciudad Eterna; esta fiesta, que databa de Pomponio Leto, adquirió nuevo esplendor con los felices sucesos que acababan de acaecer a su soberano. Durante el día no cesó el cañón de hacer salvas en señal de júbilo; por la noche hubo iluminaciones y fuegos artificiales, y durante una parte de la noche el príncipe de Esquilache, al que acompañaban los principales señores de la nobleza romana, recorrió las calles de la ciudad con antorchas en la mano, gritando: «¡Viva Alejandro VII! ¡Viva el duque de Romaña! ¡Vivan los Borgia! ¡Vivan los Orsini!»

Mas la ambición de César crecía con sus victorias: tan pronto como se hubo apoderado de Faenza, excitado por los Mariscotti, antiguos enemigos de los Bentivoglio, echó su mirada sobre Boloña; pero Juan de Bentivoglio, a cuyos antepasados pertenecía esa ciudad desde tiempo inmemorial, no sólo se había preparado para oponer una prolongada resistencia, sino que se puso bajo la protección de Francia; de suerte que, apenas supo que César marchaba con su ejército hacia aquellas fronteras, envió un correo a Luis XII para reclamarle la palabra dada. Luis XII la sostuvo con su acostumbrada fidelidad, de modo que, al llegar César frente a Boloña

recibió una invitación del rey de Francia para no emprender cosa alguna contra su aliado Bentivoglio; pero, como César era un hombre que no se molestaba en balde, impuso sus condiciones de retirada, las cuales fueron aceptadas por Bentivoglio, demasiado satisfecho de salir del paso a ese precio. Eran estas condiciones la cesión de Castel Bolognese, fortaleza situada entre Imola y Faenza, la promesa de un tributo de nueve mil ducados, y el sostenimiento, a su servicio, de cien hombres de armas y de dos mil infantes, confiando César Borgia a Bentivoglio, a cambio de estas ventajas, el secreto de que aquella visita la debía a los consejos de los Mariscotti; después, y con el refuerzo de su nuevo aliado, tomó el camino de Toscana.

Apenas hubo salido César Borgia de Boloña, Bentivoglio hizo cerrar las puertas de la ciudad, y encargó a su hijo Hermes asesinar por su mano a Agamenón Mariscotti, jefe de la familia, mientras que él, por su parte, hacía exterminar a treinta y cuatro hermanos, hijos o sobrinos de Agamenón, y a otras doscientas personas más, entre parientes y amigos, de la misma familia. Esta carnicería fué llevada a cabo por los jóvenes más nobles de Boloña, a los cuales Bentivoglio, para que se adhirieran a él por temor a las represalias, obligó a ser cómplices de los asesinatos.

Los proyectos de César sobre Florencia comenzaban a dejar de ser un misterio; desde el mes de enero había enviado a Pisa a Raniero de la Sassetta y a Pedro de Gamba Corti con ejércitos de unos mil doscientos hombres, y una vez conquistada la Romaña, envió también hacia la misma ciudad a Oliverotto da Fermo, con nuevos destacamentos. Su ejército, como hemos visto, había sido reforzado con cien hombres de armas y dos mil infantes, y Vitellozzo Vitelli, señor de Cittá di Castello, y los Orsini, que también le habían llevado dos o tres mil hombres, acababan de reunírsele; de modo que, y esto sin contar las tropas que había enviado a Pisa, bajo su mando tenía setecientos hombres de armas y cinco mil infantes.

No obstante este numeroso contingente, no entró en Toscana sin protestar de sus intenciones pacíficas y declarar que únicamente quería atravesar los Estados de la República para ir a Roma, ofreciendo pagar al contado cuantos víveres necesitara su ejército. Pero, cuando, una vez

pasados los desfiladeros de las montañas, llegó a Barberino, al comprender que la ciudad estaba en su poder y que nada podría impedir que llegara a sus aproches, comenzó a poner precio a la amistad que se le ofrecía, y a imponer condiciones en lugar de soportarlas. Consistían estas condiciones en que Pedro de Médicis, pariente y aliado de los Orsini, fuera restaurado en su antigua autoridad; que seis burgueses de la ciudad, los que Vitellozzo designara, fueran entregados en manos de éste para hacerles expiar con su muerte la de Pablo Vitelli, ejecutado injustamente por los florentinos; que la *Señoría* se obligase a no prestar socorro alguno al señor de Piombino, al que pensaba desposeer de sus Estados, y finalmente, que la República lo tomase a él, César, a su servicio, con un sueldo proporcionado a su mérito.

A esta altura se hallaban las negociaciones de César con Florencia cuando recibió del rey de Francia la orden de prepararse, como estaba convenido, a seguirle con su ejército a la conquista de Nápoles, que por fin estaba en condiciones de poder emprender.

César, no atreviéndose a faltar a la palabra que a tan poderoso aliado diera, le respondió que estaba a sus órdenes, y, como los florentinos ignoraban que se veía obligado a salir de Toscana, hizo comprar su retirada mediante una suma de treinta y seis ducados por año, debiendo tenerle siempre dispuestos trescientos hombres de armas para defender a la República al primer llamamiento y en todo cuanto lo necesitara.

Sin embargo, por apurado que estuviera, César confiaba en que todavía podría conquistar a su paso por allí el territorio de Piombino, y apoderarse de su capital por medio de un vigoroso golpe de mano; en consecuencia, entró por las tierras de Juan IV de Appiano, pero encontróse con que éste, por adelantado y para quitarle todo recurso, había devastado su propio país, quemando los forrajes, cortando los árboles, arrancando las viñas, y destruyendo el contado número de fuentes que daban aguas salubres. Esto no fué obstáculo, sin embargo, para que en pocos días se apoderase de Severeto, de Scarlino, de la isla de Elba y de la Pianosa; mas vióse forzado a detenerse ante el castillo, el cual opuso una seria resistencia.

Ahora bien, como el ejército de Luis XII seguía marchando hacia Roma, y el 27 de julio recibió César la orden de incorporársele, partió el día siguiente dejando en su lugar a Vitellozzo y a Juan Pablo Baglioni para que, durante su ausencia, continuaran el sitio.

Luis XII avanzaba hacia Nápoles, no con la ardorosa imprevisión con que lo hiciera Carlos VIII, sino con la prudente circunspección que le era habitual. Además de su alianza con Florencia y Roma, había firmado también un tratado secreto con Fernando *el Católico*, el cual pretendía tener los mismos derechos sobre el reino de Nápoles, por la casa de Duras, que Luis XII por la de Anjou. Los dos reyes habíanse repartido de antemano por este tratado Nápoles, Labur y los Abruzos, con el título de rey de Nápoles y de Jerusalén; Fernando se reservaba la Apulia y la Calabria, con el título de duque de esas provincias; los dos reyes debían recibir del papa la investidura en seguida y sólo dependerían de él como feudatarios.

Este reparto tenía tantas más probabilidades de llevarse a cabo, cuanto que Federico, creyendo siempre en la buena amistad y fidelidad de Fernando, debía abrirle las puertas de sus ciudades, y recibir en sus fortalezas a vencedores y dueños, en vez de aliados. Tal vez esto no era muy leal de parte de un rey que por tanto tiempo había ambicionado y acababa de recibir el sobrenombre de *Católico*; pero a Luis XII, que se aprovechaba de la traición sin tomar parte en ella, le importaba esto muy poco.

El ejército francés, al que el duque de Valentinois acababa de incorporarse, componíase de mil lanzas, cuatro mil suizos y seis mil gascones y aventureros; por otra parte, Felipe de Rabenstein conducía por mar diez y seis barcos bretones y provenzales, y tres carracas genovesas, en los que iban seis mil hombres de desembarco.

El rey de Nápoles sólo podía oponer contra un ejército tan numeroso setecientos hombres de armas, seiscientos de caballería ligera y seis mil infantes que puso bajo las órdenes de los Colonna, a los cuales había tomado a sueldo desde que el papa los arrojó de los Estados de la Iglesia; sin embargo, esperaba mucho de Gonzalo Fernández de Córdoba, que debía reunírsele en Gaeta, y al cual, en su confianza le abría todas las fortalezas de la Calabria.

Mas la seguridad que a Federico le inspiraba su infiel aliado no fué de larga duración; al llegar a Roma, el embajador de Francia y el de España presentaron al papa el tratado que entre Luis XII y Fernando *el Católico* se firmara en Granada el 10 de noviembre de 1500 y que hasta entonces había permanecido secreto. Alejandro VI que, en su previsión de lo futuro, había roto, con la muerte de Alfonso, todos los lazos que lo ligaban a la casa de Aragón, a pesar de todo, comenzó a oponer algunas dificultades; pero entonces le demostraron que ese arreglo no se había hecho más que para dar a los príncipes cristianos nuevos medios de atacar al Imperio otomano, y ante tal consideración, como es fácil comprender, debían ceder todos los escrúpulos del papa; de modo que éste decidió reunir un consistorio, el cual, el 25 de junio, declaró a Federico depuesto del trono de Nápoles.

Federico, al enterarse a un mismo tiempo de la llegada del ejército francés a Roma, de la traición de su aliado Fernando, y de su derrocamiento pronunciado por Alejandro, comprendió perfectamente que todo estaba perdido; sin embargo, no quiso que pudiera decirse que abandonaba sus reinos sin siquiera haber intentado defenderlos. En consecuencia, encargó a Fabricio Colonna y a Ranuccio de Marciano, sus dos nuevos *condottieri*, que, con trescientos hombres de armas, algunos jinetes de caballería ligera y tres mil infantes, detuvieran al ejército francés delante de Capua; y él en persona, con otra parte de su ejército, ocupó a Anversa, mientras que Próspero Colonna, con el resto, debía defender a Nápoles y hacer frente a los españoles por el lado de la Calabria.

Una vez tomadas estas disposiciones, d'Aubigny atravesó el Volturno y fué a sitiar a Capua, rodeando esta ciudad por ambos lados del río. Apenas acampados frente a las murallas, los franceses comenzaron a establecer sus baterías, que no tardaron en funcionar, con gran terror de los pobres sitiados, los cuales, forasteros en su mayoría en la ciudad, habían acudido de todas partes creyendo encontrar abrigo detrás de sus murallas. De modo que en cuanto los franceses dieron el primer asalto, bravamente rechazado por Fabricio Colonna, se extendió por la ciudad un terror tan grande y tan ciego, que todos hablaron de abrir las puertas, costándole gran trabajo a Colonna hacer

comprender a aquella multitud que, por lo menos, debían aprovechar el contraste que los asaltantes habían sufrido para obtener de ellos una buena capitulación. Como consiguió hacerlos participar de su opinión, envió parlamentarios a d'Aubigny, fijándose una conferencia para dentro de dos días, en la que se trataría de la entrega de la ciudad.

A César Borgia, sin embargo, no le convenía esto; habiéndose retrasado para conferenciar con el papa, fué a reunirse al ejército francés con una parte de sus tropas el mismo día en que la conferencia había sido fijada para dentro de cuarenta y ocho horas; y como una capitulación, fuese en la forma que fuese, le privaría de la parte de botín y de placeres que la toma por asalto de una ciudad tan rica y tan poblada como Capua le prometía, entró en tratos con uno de los jefes encargados de la defensa de una de las puertas, los cuales, por ser sordos y dorados, fueron más rápidos y más eficaces que los otros; de modo que, mientras Fabricio Colonna discutía en un baluarte avanzado, las condiciones de la capitulación con los capitanes franceses, empezáronse a oír grandes gritos de auxilio: era Borgia que, sin prevenir a nadie, había entrado en la ciudad y comenzaba a pasar a cuchillo a la guarnición, la cual, confiando en que la rendición iba a ser firmada de un momento a otro, había descuidado la vigilancia. Por su parte, los franceses, viendo media plaza rendida se precipitaron sobre las puertas con tal impetuosidad, que los sitiados ni siquiera intentaron defenderse, y las tropas penetraron en Capua por tres sitios distintos, siendo entonces imposible contener a nadie. La carnicería y el saqueo habían comenzado, y era menester que se realizara por completo la obra de destrucción; en vano Fabricio Colonna, Ranuccio de Marciano y don Hugo de Cardona, con unos cuantos hombres que habían logrado reunir, intentaron a un mismo tiempo hacer frente a los franceses y a los españoles. Fabricio Colonna y don Hugo, fueron hechos prisioneros; Ranuccio cayó en poder del duque de Valentinois; siete mil habitantes fueron exterminados en las calles, encontrándose entre ellos el traidor que había entregado la puerta; las iglesias fueron saqueadas, las casas de las religiosas asaltadas, viéndose entonces a una parte de estas santas mujeres preci-

pitarse en los pozos o lanzarse al río para escapar de los soldados. Trescientas de las más nobles mujeres de la ciudad se refugiaron en una torre; César Borgia derribó las puertas, escogió para él cuarenta, las más hermosas, y las demás las dejó a sus soldados.

El saqueo duró por espacio de tres días.

Federico, al ver que Capua había sido tomada, comprendió la inutilidad de intentar defenderse por más tiempo; encerróse en el Castel Nuovo y permitió a Gaeta y a Nápoles que trataran con el vencedor. Gaeta evitó el saqueo mediante la suma de sesenta mil ducados, y Nápoles haciendo entrega del castillo, por el mismo Federico a d'Aubigny, bajo la condición de que su dinero, sus joyas y sus muebles podía enviarlos a la isla de Ischia y quedarse allí con su familia durante seis meses al abrigo de toda hostilidad. Esta capitulación fué fielmente cumplida por ambas partes; d'Aubigny entró en Nápoles, y Federico se retiró a Ischia.

De este modo cayó, para jamás volver a levantarse, esa rama de la casa de Aragón que por espacio de sesenta y cinco años había reinado. Federico, que era el jefe de ella, pidió un salvoconducto, que le fué concedido para pasar a Francia, donde Luis XII le otorgó el ducado de Anjou y treinta mil ducados de renta, con la condición de que no tenía que salir más del reino, donde murió el 9 de septiembre de 1504. Su hijo mayor, don Fernando, duque de Calabria, retiróse a España, donde le fué permitido casarse dos veces, pero con mujer de esterilidad reconocida, y allí murió en 1550; su segundo hijo, Alfonso, que había seguido a su padre hasta Francia, murió en Grenoble, según se dice, envenenado, a los veintidós años, y, finalmente, César, su hijo tercero, murió en Ferrara antes de cumplir los diez y ocho años.

En cuanto a Carlota, la hija de Federico, casóse en Francia con Nicolás, conde de Laval, gobernador y almirante de Bretaña. De este matrimonio nació una niña, Ana de Laval, que, a su vez, se casó con Francisco de La Trémouille; por ella fueron transmitidos a la casa de La Trémouille los derechos al reino de las Dos Sicilias, derechos que ésta hizo valer más adelante.

Con la toma de Nápoles recobró el duque de Valentinois su libertad, y separándose del ejército francés, después

de haber recibido de su jefe nuevas seguridades de la amistad del rey Luis XII, volvió a Piombino, cuyo sitio se había visto forzado a interrumpir.

Durante ese tiempo, Alejandro VI visitaba las conquisas de su hijo y recorría toda la Romaña en compañía de Lucrecia, que al fin se había consolado de la muerte de su esposo, y que nunca había gozado de mayor privanza con Su Santidad; de modo que, cuando regresó a Roma, su habitaciones fueron las de su mismo padre. De esta recrudescencia de la amistad pontifical resultaron dos bulas que erigían en ducados los pueblos de Nepi y Sermoneta, uno de los cuales fué dado a un bastardo del papa, habido fuera de sus amores con la Vanozza y Julia Farnesio; el otro a don Rodrigo de Aragón, hijo de Lucrecia y don Alfonso: las tierras de los Colonna formaban las heredades de esos dos ducados.

Pero, a más de esto, Alejandro soñaba con otro engrandecimiento de su fortuna: el casamiento de Lucrecia con Alfonso de Este, hijo del duque Hércules de Ferrara, alianza que apoyó Luis XII.

Aquel mismo día, el papa, que estaba de buena suerte, supo que Piombino habíase rendido al duque de Valentinois, y que el duque de Ferrara había dado su palabra al rey de Francia.

En efecto, para Alejandro VI, éstas eran unas magníficas noticias, pero una de ellas, como importancia, no podía compararse con la otra; de modo que la del casamiento de Lucrecia con el presunto heredero de Hércules de Ferrara, fué recibida con un júbilo en que mostró su laya el noble improvisado. César Borgia fué invitado a regresar a Roma para tomar parte en la alegría de la familia, y el día en que la noticia fué publicada, el gobernador del castillo de Sant'Angelo recibió la orden de hacer salvas cada cuarto de hora, desde mediodía hasta media noche. A las dos, Lucrecia, con traje de novia, acompañada por sus hermanos César y Godofredo, salió del Vaticano, seguida de toda la nobleza romana, y fué a dar gracias a la iglesia de Santa María del Pópolo, donde reposaban los cadáveres del duque de Gandía y del cardenal Juan Borgia, por el nuevo favor que el Cielo concedía a su casa; y por la noche, acompañada de la misma cabalgata, que resultaba aún más brillante por el resplandor de las an-

torchas y la claridad de las iluminaciones, Lucrecia recorrió la ciudad entera en medio de los gritos de: «¡Viva el papa Alejandro VII! ¡Viva la duquesa de Ferrara!» lanzados por heraldos vestidos de paño de oro.

Al día siguiente se publicó que habría carreras de mujeres desde el castillo de Sant'Angelo hasta la plaza de San Pedro; que cada dos días se celebrarían corridas de toros a la española; y que a partir desde entonces, que se hallaban en el mes de octubre, hasta el primer día de Cuaresma, se permitirían las máscaras por las calles de Roma.

Estas eran las fiestas que se celebraban al aire libre. En cuanto a las que en el interior del Vaticano se celebraban, dieron pruebas, según dice el historiador Burckhardt de la corrupción de aquella corte y la pluma se resiste a describirlas.

A los pocos días de haberse celebrado aquellos extraños festejos, que recordaban las noches romanas de Tiberio, Nerón y Heliogábalo, Lucrecia, con un vestido de brocado de oro, cuya cola era llevada por una porción de jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas, salió a pie de su palacio, al son de trompetas y clarines, caminando sobre alfombras extendidas por las calles por donde, acompañada por la más alta nobleza y por las mujeres más hermosas de Roma, debía pasar, y entró en el Vaticano donde, en la Sala Paulina, se hallaban esperándola el papa, el duque de Valentinois, don Fernando, apoderado del duque don Alfonso, y el cardenal de Este, su primo. Alejandro VI sentóse a un lado de la mesa, en tanto que los enviados ferrareses estaban de pie al otro lado; entonces Lucrecia se adelantó hacia el centro y don Fernando le puso el anillo nupcial en el dedo. Hecha esta ceremonia aproximóse el cardenal de Este y presentó a la novia cuatro anillos magníficos en los cuales había piedras preciosas engastadas; después llevaron a la mesa una bandeja de marfil, ricamente incrustada, de la que el cardenal sacó gran cantidad de joyas, cadenas y collares, perlas y diamantes de un trabajo preciosísimo, rogando a Lucrecia que aceptara aquel presente, en tanto que llegaban las que su novio se proponía regalarle por su propia mano, y que serían más dignas de ella. Lucrecia lo aceptó demostrando mucha alegría, y después se retiró a un salón inmediato, apo-

yandose en el brazo de su padre, y seguida por las damas que la habían acompañado, encomendando al duque de Valentinois que hiciera a los hombres los honores del Vaticano. Por la noche volvieron a reunirse los convidados, y, mientras se quemaban en la plaza unos magníficos fuegos artificiales, estuvieron bailando hasta las doce.

Una vez celebrados los desposorios, el papa y el duque de Valentinois se cuidaron de los preparativos de la partida. Alejandro VI, en su deseo de que el viaje fuese hecho con gran aparato, puso en el séquito de su hija, además de sus dos cuñados y los gentileshombres que con ellos habían ido, al Senado de Roma y a todos los señores que su fortuna les permitía ostentar magnificencia en sus trajes y en su librea. Entre este espléndido séquito, figuraban Olivero y Ramiro Mattei, hijos de Pedro Mattei, canciller de la ciudad, y de una hija que el papa había tenido de una mujer que no era la Vanozza; además, Francisco Borgia, cardenal de Cosenza, fué nombrado en consistorio por Alejandro VI legado *a látere*, para que acompañase a su hija hasta las fronteras de los Estados Eclesiásticos.

César Borgia, por su parte, despachó correos a todos los puntos de la Romaña para que recibiesen a Lucrecia como dueña y soberana; inmediatamente se hicieron grandes preparativos a fin de cumplir las órdenes del duque.

Los mensajeros le manifestaron su temor de que en Ceseno, donde César había dejado, como se recordará, a Ramiro d'Orco de gobernador, se llegasen a oír murmullos. Pero Ramiro d'Orco había cumplido tan bien su cometido, que nada debía temerse en cuanto a rebelión, pues la sexta parte del vecindario había perecido en el cadalso. De esta situación resultaba que no se podía obtener de un pueblo enlutado las mismas demostraciones de alegría que se esperaban en Imola, Faenza y Pésaro, pero este inconveniente fué olvidado por César Borgia con una prontitud y una eficacia que nadie más que él podía tener. Una mañana, al despertarse los vecinos de Ceseno, vieron que en la plaza había sido levantado un cadalso y que sobre él se hallaba un hombre descuartizado. Entre los sangrientos despojos había un poste y clavada en él una cabeza separada del tronco.

Aquella cabeza era la de Ramiro d'Orco.

Jamás se supo qué manos habían levantado el cadal-

so, ni qué verdugos habían llevado a cabo la terrible ejecución; pero cuando la República de Florencia preguntó a Maquiavelo, su legado en Coseno, su opinión sobre esta muerte, limitóse a contestar:

«Magníficos señores:

»En lo que se refiere a la ejecución de Ramiro d'Orco, sólo puedo decir que César Borgia es el príncipe que mejor sabe hacer y deshacer hombres, según sus méritos.

NICOLÁS MAQUIAVELO.»

No se había engañado en su previsión el duque de Valentinois: la duquesa de Ferrara fué admirablemente recibida en todos los puntos por donde pasó, y particularmente en Ceseno.

En tanto que Lucrecia iba a reunirse con su tercer marido en Ferrara, el papa y César Borgia resolvieron hacer un viaje por el último país conquistado, con el objeto aparente de que César recibiera el juramento de sus nuevos vasallos, pero en realidad, su objeto era formar en la capital de Jaime Appiano, un arsenal cerca de la Toscana, a la que ni Alejandro VI ni el duque de Valentinois habían renunciado nunca seriamente. Ambos salieron, pues, del puerto de Corneto en seis galeras, acompañados de muchos cardenales y prelados, llegando aquella misma tarde a Piombino. La corte pontificia permaneció allí algunos días, tanto para que el vecindario reconociera al duque de Valentinois, como para asistir a algunas funciones religiosas, de las cuales celebróse la principal el tercer domingo de Cuaresma en una capilla en la que ofició el cardenal de Cosenza con asistencia del papa, del duque y de los cardenales que les acompañaban. Después, haciendo suceder sus acostumbrados placeres a estas graves solemnidades, Alejandro VI hizo llamar las jóvenes más hermosas de la comarca y ordenóles que bailasen delante de él sus bailes nacionales.

Estos bailes fueron seguidos de unos festines de suntuosidad jamás oída, en los que, y a la vista de todos, no obstante hallarse en Cuaresma, no tuvo escrúpulos el papa en faltar a la vigilia. Después de todo, el objeto de estas

fiestas era hacer circular gran cantidad de dinero en el país y popularizar al duque de Valentinois, haciendo olvidar al pobre Jaime de Appiano.

Desde Piombino fueron el papa y su hijo a la isla de Elba, donde no estuvieron más que el tiempo necesario para visitar las fortificaciones antiguas y disponer que se hicieran otras nuevas.

Finalmente, los ilustres viajeros se embarcaron para regresar a Roma; pero, apenas estuvieron en el mar, volvióseles contrario el tiempo y como el papa no quiso entrar en Portoferraio se quedaron cinco días a bordo de las galeras en las que sólo había provisiones para dos. Durante los tres últimos días, el papa solamente pudo comer algunos pescados fritos, que costó gran trabajo pescarlos, a causa del mal tiempo.

Cuando, por fin, llegaron a la vista de Corneto, el duque de Valentinois, que no iba en la misma galera que su padre, viendo que su barco no podía acercarse a tierra, hízose conducir al puerto en un bote. En cuanto al papa, se vió obligado a continuar su ruta hacia Pontercole, a donde logró llegar después de haber sido sacudido por una tempestad tan violenta, que todos cuantos le acompañaban estaban como postrados, unos a causa del mareo y otros por el temor de morir. El papa fué el único que ni un solo instante manifestó temor, pues mientras duró la tempestad estuvo sobre el puente, sentado en su sillón, invocando el nombre de Jesús y haciendo la señal de la cruz. Cuando la goleta que lo conducía entró en la rada de Pontercole, desembarcó, y habiendo enviado a buscar caballos a Corneto, se reunió al duque, el cual lo esperaba en aquel pueblo. Ambos volvieron, a pequeñas jornadas, por Civitavecchia y Palo, y regresaron a Roma después de un mes de ausencia. Casi al mismo tiempo que ellos llegó el cardenal d'Albret, el cual iba en busca de su capelo. Le acompañaban dos infantes de Navarra que, no solamente fueron acogidos con los honores correspondientes a su jerarquía, sino como cuñados a los que deseaba demostrar César Borgia la importancia que a su alianza concedía.

Pero el tiempo en que el duque de Valentinois debía emprender nuevamente el curso de sus conquistas, había llegado. Así, pues, como desde el primero de mayo del año anterior había pronunciado Alejandro VI, en pleno

consistorio, una sentencia de derrocamiento contra Julio César de Varano, por lo cual, en castigo del asesinato de su hermano Rodolfo y del asilo que había concedido a los enemigos del papa, se le privaba de su feudo de Camerino, que se incorporaba a la Cámara Apostólica, César salió de Roma para ponerla en ejecución. Cuando llegó a las fronteras de Perugia, ciudad perteneciente a su lugarteniente Juan Pablo Baglioni, dió orden a Oliverotto, a Fermo, a Gravina y Orsini, para que fueran a asolar la frontera de Camerino, al mismo tiempo que rogaba a Guido Ubaldo de Montefeltro, duque de Urbino, que le prestase sus soldados y su artillería, para ayudarle en esta empresa, cosa que el infeliz duque no se atrevió a negarle, pues se hallaba en las mejores relaciones con el papa, y no tenía motivo alguno para desconfiar de César. Pero el mismo día que las tropas del duque de Urbino emprendían la marcha hacia Camerino, las de César entraban en el ducado y se apoderaban de Cagli, una de las cuatro ciudades de ese pequeño Estado. El duque de Urbino comprendió lo que le esperaba si intentaba resistirse y se fugó disfrazado de campesino; de modo que en menos de ocho días, César se encontró dueño de su ducado, menos las fortalezas de Mailo y de San Leo.

César Borgia volvióse en seguida hacia Camerino, que seguía sosteniéndose, excitado por la presencia de Julio César de Varano, su señor, y de sus dos hijos menores, Venancio y Aníbal; en cuanto a Juan María, que era el mayor, había sido enviado por su padre a Venecia.

La presencia del duque de Valentinois dió lugar a que sitiados y sitiadores entrasen en negociaciones. Se redactó una capitulación por la cual Varano se obligaba a rendir la ciudad, bajo la condición de que él y sus hijos saldrían sanos y salvos llevándose consigo sus tesoros, sus muebles y sus equipajes. Sin embargo, las intenciones de César no eran éstas; así, pues, aprovechándose del descuido que el anuncio de la capitulación había originado en la vigilancia de la guarnición, entró en la ciudad durante la noche anterior al día fijado para la rendición, apoderóse de César de Varano y de sus dos hijos, los cuales fueron estrangulados poco tiempo después, el padre en la Pergola, y los dos hijos en Pésaro por don Miguel Correglia, que no obstante

haber ascendido de esbirro a capitán, volvía de vez en cuando a su primer oficio.

Mientras tanto, Vitellozzo Vitelli, que se daba el título de general de la Iglesia, y que tenía bajo sus órdenes ochocientos hombres de armas y tres mil infantes, siguiendo las instrucciones secretas y verbales que César le había dado, proseguía el sistema de invasión que debía envolver a Florencia en un círculo de hierro y ponerla un día en la imposibilidad de defenderse. Digno discípulo de su maestro, del que había aprendido la astucia del zorro y la fuerza del león, habíase propiciado connivencias con algunos jóvenes señores de Arezzo para hacerse entregar aquella ciudad. Pero Guillermo del Pazzi, comisario de la República florentina, descubrió esta conspiración e hizo prender a dos de los conjurados, y los demás, que eran más numerosos de lo que se creía, desparramándose en seguida por la ciudad, dieron el grito de «¡A las armas!» Los republicanos, que en cualquier revolución veían el medio de sacudir el yugo de Florencia, uniéronse a ellos, pusieron en libertad a los presos, apoderáronse de Guillermo, y, después de proclamar el restablecimiento de la antigua constitución, sitiaron la ciudadela en la que Como de los Pazzi, obispo de Arezzo, hijo de Guillermo, se había refugiado, el cual, viéndose cercado de todos lados, envió a toda prisa un mensajero a Florencia para pedir socorros.

Pero desgraciadamente para él, las tropas de Vitellozzo Vitelli se hallaban más cerca de los sitiadores que los soldados de la Serenísima República lo estaban de los sitiados, de modo que, en vez de socorros, lo que vio llegar fué todo el ejército enemigo. Este ejército iba a las órdenes de Vitellozzo Vitelli, Juan Pablo Baglioni y Fabio Orsini, los cuales llevaban con ellos a los dos Médicis, que acudían a cualquier parte donde hubiera una liga contra Florencia, y que se hallaban a la disposición de César para entrar nuevamente, a cualquier precio, en la ciudad que los había echado.

Al siguiente día llegó también un socorro de dinero y de artillería, enviado por Pandolfo Petrucci, de modo que, el 18 de junio, la ciudadela de Arezzo, que no había recibido ninguna noticia de Florencia, se vió obligada a rendirse.

Vitellozzo dejó que los mismos aretinos se guardaran

su ciudad; puso a Fabio Orsini en la ciudadela con mil hombres, y aprovechándose del pánico que en esa parte de Italia habían producido las conquistas sucesivas del ducado de Urbino, de Camerino y de Arezzo, marchó sobre Monte San Severino, Castiglione, Aretino, Cortone y otras ciudades del valle de Chiana, que fueron rindiéndose sucesivamente y casi sin defenderse. Llegado de este modo a poca distancia de Florencia, y no atreviéndose a emprender nada por sí mismo contra esa ciudad, Vitellozzo notificó al duque de Valentinois el lugar en que se hallaba. Este, pensando que al fin había llegado la hora de dar el golpe que desde hacía tanto tiempo demoraba, emprendió inmediatamente el camino para llevar personalmente la respuesta a su lugarteniente.

Pero los florentinos, aunque no enviaron socorros a Guillermo de los Pazzi, los habían pedido a Chaumont d'Amboise, gobernador del Milanésado por Luis XII, al que expusieron, no sólo los peligros que corrían, sino también los planes ambiciosos del duque de Valentinois, el cual, después de haber invadido primero los pequeños principados y a continuación los Estados de segundo orden, tal vez llegaría en su excesivo orgullo a atacar al mismo rey de Francia.

Como las noticias de Nápoles eran inquietantes, por haber ocurrido graves desavenencias entre el conde de Armagnac y Gonzalo Fernández de Córdoba, y como el rey de Francia podía tener necesidad de Florencia desde el primer momento, y siempre le había encontrado leal y fiel, Luis XII resolvió detener los progresos de César, y no sólo intimó a éste que no diera un paso más, sino que, y para mayor apoyo de su intimación, puso en marcha al capitán Imbaut con cuatrocientas lanzas.

César Borgia recibió en la frontera de Toscana una copia del tratado firmado entre la República florentina y el rey de Francia, por el cual éste último se obligaba a socorrer a su aliada contra cualquiera que la atacara, y, con dicha copia, la prohibición formal que Luis XII le hacía de proseguir en su marcha.

César se enteró al mismo tiempo de que, a más de las cuatrocientas lanzas del capitán Imbaut, que iban ya camino de Florencia, Luis XII, al llegar a Asti había enviado a Luis de La Trémouille inmediatamente hacia Parma

al frente de doscientos hombres de armas, tres mil suizos y un tren considerable de artillería. El duque de Valentinois vió en estos dos movimientos combinados disposiciones hostiles a él, y, dando un cambio de frente con la habilidad en él característica, aprovechóse de que sólo había dado instrucciones verbales a sus lugartenientes, y escribió a Vitellozzo una carta fulminante, en la que le reprochaba haberle comprometido por su propio interés particular, y ordenándole que devolviera en el mismo instante a los florentinos las ciudades y fortalezas que les había tomado, con la amenaza de que, si vacilaba un solo instante en obedecerle, él mismo saldría con sus tropas para tomárselas.

Después de escrita esta carta, César se dirigió hacia Milán, donde acababa de llegar Luis XII, probándole, por el hecho de la evacuación de las ciudades conquistadas, que había sido calumniado a sus ojos al mismo tiempo, llevaba la misión del papa para renovar por diez y ocho meses más al cardenal d'Amboise, que más que ministro era amigo de Luis XII, su título de legado *a látere* en Francia. Gracias a esta prueba pública de su inocencia y a este influjo oculto, no tardó César en hacer las paces con el rey de Francia.

Pero no era esto todo; como el distintivo del genio de César era salir siempre más grande por cualquiera nueva combinación de una catástrofe que hubiera debido hundirlo, el duque comprendió todo el partido que de la pretendida desobediencia de sus lugartenientes podía sacar; y como ya se había inquietado más de una vez de su poder y había codiciado sus feudos, pensó que tal vez habría llegado el momento de hacerlos desaparecer y buscar en la invasión de los dominios de ellos el medio de resarcirse de aquella Florencia que se le escapaba precisamente siempre cuando creía tenerla ya en sus manos.

Además, le enojaba ver aquellas fortalezas y ciudades con otra bandera que no fuese la suya en medio de aquella hermosa Romaña, con la que contaba formarse un reino: Città di Castello, estaba en poder de Vitellozzo Vitelli; Bolonia, estaba en poder de Bentivoglio; Perugia, era mandada por Juan Pablo Baglioni; Fermo, acababa de caer en poder de Oliverotto; y, finalmente, Pandolfo Petrucci, era señor de Siena: por lo que creía llegada la hora de que